

VIOLENCIA Y POBREZA INFANTIL

La pobreza y el maltrato forman parte del entorno en el que crecen muchos menores en España, dos condiciones que aparecen conectadas entre sí en numerosos estudios. La pobreza es considerada como un factor de riesgo de maltrato infantil; sin embargo, todavía no existe una buena comprensión sobre qué mecanismos hacen que estén relacionados: si los factores individuales, como el estrés o los rasgos psicológicos, o los factores colectivos, como las características de las comunidades y vecindarios.

EL PREDOMINIO DEL ENFOQUE INDIVIDUAL vs. CONTEXTUAL

Los estudios que analizan la conexión entre pobreza y violencia infantil son relativamente recientes. En los primeros estudios sobre maltrato infantil, la pobreza pasaba desapercibida como factor de riesgo porque las explicaciones se centraban fundamentalmente en los condicionantes individuales, la familia y el entorno más inmediato del menor. La relación entre violencia y pobreza ha sido poco tratada, seguramente también para evitar la estigmatización de los sectores más pobres de la población.

“La pobreza es considerada como un factor de riesgo de maltrato infantil; sin embargo, todavía no existe una buena comprensión sobre qué mecanismos hacen que estén relacionados.”

El predominio del enfoque individual y familiar a la hora de estudiar la violencia explica por qué tradicionalmente las actuaciones han estado más orientadas hacia la parentalidad o la salud mental, y menos hacia las intervenciones económicas (apoyo material a las familias en situación de riesgo de exclusión) como forma de prevenir el maltrato. No obstante, los estudios más recientes adoptan una aproximación más amplia, donde los aspectos relacionados con el contexto, y en concreto con el entorno socioeconómico del menor como la pobreza y la desigualdad, adquieren mayor relevancia¹.

Una forma de explorar la relación entre el entorno socioeconómico de las familias y la violencia contra la infancia es a través de los datos de opinión pública. Aunque en España existen muy pocas encuestas que aborden dicha cuestión, los datos recogidos en 2010 en una investigación impulsada por la Fundación La Caixa permiten explorar la relación entre el estrés causado por cuestiones económicas o laborales y el maltrato infantil². Los datos muestran que en España el estrés laboral aparece asociado a mayor frecuencia de castigo corporal. Un 48% de quienes declaran sufrir “a menudo” estrés por trabajo reconocen dar un cachete a sus hijos “alguna vez”, un porcentaje que cae 20 puntos porcentuales entre quienes declaran no sufrir estrés por trabajo. De la misma manera, el porcentaje de quienes gritan a sus hijos diariamente es 12 puntos porcentuales mayor entre los que sufren a menudo estrés debido a cuestiones de trabajo (22%) que entre quienes declaran no sufrir ningún estrés debido a asuntos laborales (10%). Los porcentajes son similares para quienes declaran sufrir “a menudo” estrés debido a cuestiones económicas.

La violencia no sólo está vinculada a la pobreza a través del estrés económico o laboral, sino también a través de la vulnerabilidad de la infancia. Los niños y niñas que experimentan situaciones de pobreza y exclusión social suelen tener una profunda falta de autoestima, se sienten incapaces de defenderse y temen que no se les crea si notifican incidentes de violencia; o que se les acuse de haberlos provocado ellos o ellas mismas. Todo lo cual dificulta a los servicios de protección poder llegar de forma efectiva a estos niños y niñas.³

LOS EFECTOS EN LA VIDA ADULTA

Además de estar relacionadas entre sí, la pobreza y la violencia son dos fenómenos de características y dinámicas similares. Tanto la pobreza infantil como la violencia lastran el desarrollo de los niños y niñas que la padecen y dejan importantes cicatrices en su vida adulta que son difíciles de revertir. Por ejemplo, existe evidencia de que el estrés provocado en la infancia más temprana por situaciones de violencia compromete el desarrollo de los y las menores: lastra su educación y afecta negativamente a su salud mental y física. Además, quienes han sido víctimas de violencia durante la infancia muestran mayores índices de delincuencia⁴. Asimismo, la pobreza infantil está relacionada con problemas de salud, con un bajo rendimiento académico, con fracaso escolar y con una participación débil en el mercado laboral y, en consecuencia, con mayor dependencia del Estado del bienestar en el largo plazo⁵.

LOS COSTES DIRECTOS E INDIRECTOS

La pobreza y la violencia infantil tienen costes directos e indirectos sobre la economía. Los costes indirectos son el coste de oportunidad, es decir, la pérdida de productividad y de ingresos que se deriva del impacto de la violencia y la pobreza infantil sobre el desarrollo profesional y personal del individuo. A ello hay que añadirle los costes directos vinculados al gasto sanitario que se deriva de atender a un grupo de la población con peores niveles de salud mental y física, o los derivados del gasto en justicia penal.

En un estudio reciente se estima que la violencia sexual contra menores de edad en España tiene un coste de 979 millones de euros⁶. Este dato seguramente infraestima la incidencia del fenómeno debido a las dificultades de detección de la violencia, a que sólo se calcula respecto a la violencia sexual, y a que únicamente se computa el coste del tratamiento de los efectos que se conocen. Pero en cualquier caso la cifra sugiere que las políticas de prevención de la violencia pueden convertirse en una inversión con amplio retorno social. Las políticas destinadas a erradicar los factores que lastran el desarrollo de la infancia, como la violencia o la pobreza, contribuyen a proteger el futuro capital humano, económico y social de un país.

LA INVISIBILIDAD DE LA VIOLENCIA Y LA POBREZA INFANTIL

A pesar de la contundencia de los datos sobre el coste económico de la violencia y de la pobreza infantil, así como sus consecuencias sobre el desarrollo del menor, estos problemas han mantenido poco visibles en el debate público y en la agenda política.

“Las políticas destinadas a erradicar los factores que lastran el desarrollo de la infancia, como la violencia o la pobreza, contribuyen a proteger el futuro capital humano, económico y social de un país.”

Uno de los motivos que puede explicar la invisibilidad de la pobreza y la violencia infantil es la falta de asociación de estos problemas con los derechos del menor, seguramente debido a una idea extendida socialmente que concibe la infancia como un periodo transitorio con derechos no consolidados, la idea de que sólo cuando se llega a la vida adulta se es titular pleno de derechos.

Sin embargo, siguiendo la regulación internacional sobre infancia (Convención de los Derechos del Niño, Carta Fundamental de los Derechos de la Unión Europea, Carta Social Europea, Convenio Europeo de Derechos Humanos) la violencia y la pobreza infantil deben interpretarse como una violación de los derechos del menor. Por ejemplo, la Convención de los Derechos del Niño, aprobada por la Organización de Naciones Unidas en 1989 y ratificada por España en 1990, establece que la protección del menor frente a toda forma de violencia es un derecho fundamental. También reconocen el derecho de todo niño y niña a un nivel de vida adecuado para su desarrollo físico, mental, espiritual, moral y social. Asimismo, la erradicación de la violencia también forma parte de los objetivos de desarrollo sostenible de la Agenda 2030 impulsada por la Organización de las Naciones Unidas.

LA POBREZA Y LA VIOLENCIA EN LA INFANCIA COMO FENÓMENOS CÍCLICOS

Tanto la violencia como la pobreza infantil son dos fenómenos que operan en ciclos, es decir, que sus efectos pueden formar parte de las causas que acaban reproduciéndolos.

“Uno de los motivos que puede explicar la invisibilidad de la pobreza y la violencia infantil es la falta de asociación de estos problemas con los derechos del menor”

Por ejemplo, la pobreza infantil aboca a los niños que la padecen a un pobre rendimiento educativo, a una actividad económica inferior cuando se alcanza la edad adulta, y a menor participación en el entorno social. Esa trayectoria vital eleva la probabilidad de convertirse, también, en adultos pobres, y de que sus hijos e hijas también vivan en la pobreza, reforzando el ciclo de pobreza intergeneracional⁷. Por otro lado, los menores expuestos a la violencia son más propensos a ser víctimas de violencia en su edad adulta y también a convertirse en responsables de infligirla.

Los efectos de la violencia en quienes han sido víctimas durante su infancia pueden detectarse en las actitudes hacia el maltrato infantil. Los datos del barómetro 2578 del CIS de 2004 muestran que quienes en su infancia fueron maltratados con frecuencia tienen actitudes más tolerantes hacia el maltrato infantil que quienes se educaron en un entorno libre de violencia. En concreto, un 8,4% de quienes recibían con frecuencia bofetadas por parte de sus padres como forma de castigo están “muy de acuerdo” con que a veces es necesario un buen bofetón para mantener la disciplina en sus hijos/as.

El porcentaje disminuye hasta el 1,68% entre los que manifiestan que “nunca o casi nunca” fueron castigados con bofetadas. Esta relación merece ser destacada, puesto que en cualquier dato de encuesta sobre el maltrato infantil el efecto de la deseabilidad social (el hecho de que los individuos tiendan a proporcionar respuestas de acuerdo con los valores que se consideran socialmente aceptables) tiende a infra estimar el grado de tolerancia hacia el maltrato infantil.

“Tanto la violencia como la pobreza infantil son dos fenómenos que operan en ciclos, es decir, que sus efectos pueden formar parte de las causas que acaban reproduciéndolos.”

En definitiva, la pobreza infantil y la violencia contra la infancia son dos fenómenos estrechamente conectados entre sí. La pobreza se considera un factor de riesgo de violencia, aunque todavía no existe una buena comprensión de los mecanismos que los vinculan. Además, presentan características y dinámicas similares: tanto la violencia como la pobreza infantil se han mantenido poco visibles en el debate público hasta ahora, ambas lastran el desarrollo de los niños y niñas que la padecen, tienden a auto reproducirse e imponen a la sociedad un coste económico directo (servicios de apoyo educativo, sanitario, laboral, etc. a

sus víctimas) e indirecto (pérdida de productividad vinculada a la falta de desarrollo de los menores).

Referencias

¹ Drake, B. y Melissa Jonson-Reid (2014) "Poverty and Child Maltreatment" en *Handbook of Child Maltreatment*, Korbin, Jill E., Krugman, Richard D. (Eds.). Springer. pp.131-148.

² Encuesta de Relaciones Intra e Intergeneracionales (2010), realizada por Pau Mari-Klose, Marga Mari-Klose, Elisabeth Vaquera y Sorveig Argeasanu para el informe *Infancia y Futuro*. Barcelona: Fundación la Caixa.

³ Organización de las Naciones Unidas, documento A/HRC/16/56, p.20.

⁴ Widom, C. Spatz (2014) "Long term consequences of child maltreatment" en *Handbook of Child Maltreatment*, Korbin, Jill E., Krugman, Richard D. (Eds.). Springer. p.228.

⁵ Save the Children (2017) *Desheredados. Desigualdad infantil, igualdad de oportunidades y políticas públicas en España*.

⁶ Fabra Florit, María Eugenia et al. (2018) *Los costes de la violencia contra la infancia. Impacto económico y social*. Madrid: EDUCO.

⁷ European Union Agency for Fundamental Rights (2018) *Combating child poverty: an issue of fundamental rights*. p.7.